

MARINA

El primer día de enero de este 2015, en plena fiesta de los Manolos, supe por televisión que a los pocos minutos de sonar las campanadas de uvas había nacido en Torrejón de Ardoz una niña, cuyos padres decidieron que se llamara Marina.

1

No sólo me sorprendió ese regalo de nombre para una sonrisa naciente, ahora que se apuesta por apelativos extravagantes, sino que me fragmentó en recuerdos. Nombre tan bonito es imposible de olvidar, como no olvidé a aquella Marina fugaz cuya imagen aún reblandece mi mirada.

Eran los días monótonos de los postreros 50 del siglo pasado, con tanto que hacer en la larga cuesta, donde el impulso quedaba mediatizado en la apatía discursiva del Sistema. Pero la juventud, como cualquiera otra a lo largo de la historia, estallaba, rebosante, buscando huecos en los muros. Para absorber el ímpetu estaba el cine que, entre otras bondades, dejaba patente la belleza de las actrices italianas. No había comparación entre las pacatas españolas clericalizadas, para quienes era pecado enseñar el muslo fuera de la piscina, y las desinhibidas italianas, que mostraban en la pantalla cuanto fuera necesario, que felizmente no era poco.

Ahí estaban Gina Lollobrigida, Rossana Podesta, Virna Lisi, Silvana Pampanini, Marisa Allasio, Eleonora Rossi Drago, Luciana Paluzzi, Giovanna Ralli, Rosanna Schiaffino, y las italianizadas Claudia Cardinale y Sylva Koscina, con el misterio profundo de sus cuerpos insinuantes. En el mundo mágico del celuloide no había un grupo de féminas más bellas. Y por encima de todas, Sofía Loren, que nos dejaba absortos soñando imposibles.

Y además, como regalo añadido de ese país, estaban sus canciones, invariablemente éxitos. De entre ellas, “Marina” mereció atención aparte. Hoy sé que su creador, Rocco Granata, la ha estado cantando a lo largo del mundo por más de 50 años, con fortuna de

oyentes de todas las edades, lo que evidencia su inmortalidad. Ojalá que siga haciéndolo otros 50 más, porque realmente es una melodía especial.

Ocurrió en un día de unas vacaciones de fuego, aquellas en las que crujían los pedernales al cuartearse y las lagartijas campeaban, todavía abundantes. Mi hermano y yo íbamos de acampada a Villalba, lugar serrano en el norte de Madrid y entonces pueblerino. Había allí unas antiguas canteras inundadas donde podíamos bañarnos gratis los nadadores. Espero que sigan todavía. Como si fuéramos a una guerra, cargábamos los macutos, la tienda –dejada por un amigo–, mantas –aún no existían los sacos de dormir–, alimentos en conserva, hornillo, linternas y demás bastimentos. Pero no estábamos solos. Ya en el metro coincidimos con otros “aventureros” y, como ellos, salimos al guirigay de la estación del Norte.

Allí, en unas vías próximas a Casa Mingo, estaba el tren que ascendía a diversos pueblos de la sierra, lleno ya de excursionistas vocingleros. Tan así, que resultaba hazañoso encontrar hueco en los pasillos y plataformas. Cuando la vetusta máquina arrancó, renqueante y desganada como si arrastrara un peso de siglos, nos esforzamos en acomodarnos. Dentro, un calor chicharrero y asfixiante, a pesar de que las ventanillas y las puertas estaban abiertas. Por ellas se asomaban los excursionistas que podían, casi medio cuerpo fuera, buscando ramalazos de brisa entre el humo arrojado por la máquina. La mayoría éramos jóvenes, pocas chicas compartiendo la aventura. Sabíamos que el tren, tan lento como una subida de sueldo, paraba en todas las estaciones, demorándose en cada lugar como si necesitara recuperar el resuello.

Pero no importaba. Nos apañábamos. Decidí, como otros, quedarme sentado en los pedanaños de acceso, lo que era consentido quizá por el hecho de que a esa velocidad de tortuga nadie podría desgraciarse si caía. Y no representaba mayores problemas para quienes habíamos adquirido habilidad en viajar en los topes de los tranvías. Algunos soplaban armónicas, otros cargábamos transistores y había una guitarra rasgando. Así que íbamos felices, oyendo las risas, los cantos y las melodías confrontadas. Eran muchas las canciones. Pero desde las ondas siempre una se abría camino entre las demás: “Marina”. Aunque cantada en italiano, la letra y la música resultaban ensoñadoras. Yo

miraba el abatido paisaje notando, una vez más, las sensaciones que me producía esa tonada.

Mi sono innamorato di Marina,
una ragazza mora ma carina,
ma lei non vuol sapere del mio amore,
cosa farò per conquistar suo cuore...

Marina, Marina, Marina,
ti voglio al più presto sposare.
Marina, Marina, Marina,
Ti voglio al più presto sposare.

En Las Rozas apareció ella. Destacaba no sólo por ser linda y hermosa, en la juventud dorada y precisa, sino por su aspecto. Iba en pantaloncito corto y ajustado, algo inconcebible en aquellas moralidades patrias. Todos quedaron sin aliento al verla. Una joven de cartel, sola y desenvuelta, para transformar el traqueteo en viaje espacial. Portaba un bolso de mano y una maletita. No quiso esforzarse en pasar al interior, quizá por intuir el estrujamiento a que sería sometida. Prefirió quedarse en la puerta de pie, agarrada al asidero, de tal suerte que sus muslos quedaron junto a mi cara. A los pocos minutos eran un suplicio para mí. Elevé la vista hasta tropezar con sus aguerridos senos. Más arriba, sus ojos pálidos me miraban con cierto regocijo, subrayado con una sonrisa. Era claro que estaba al tanto de las cosas.

-Estás mal ahí –dije, simulando normalidad-. Siéntate a mi lado.

-Non, e pericoloso.

-¿Italiana?

-Sí. mi sono di Roma.

-¿Eres actriz de cine?

-Noo...

-¿Miss Italia o Miss de algún sitio?

-Oh, no –Se echó a reír y el paisaje dejó de ser monótono.

-Ponte aquí –insistí, haciéndole sitio-. No hay ningún peligro. Estarás mejor.

Aceptó y ahí empezó el derrumbe de mi tranquilidad ese verano.

A lo largo del trayecto fuimos charlando y riendo. Se llamaba Marina. Ni más ni menos. Así suceden las cosas. Iba a Villalba a reunirse con una amiga, que la esperaba en un hotel. Se admiraba de la acampada que íbamos a hacer mi hermano y yo. Era algo selvático, dijo, entre risas. Por qué dormir al raso en vez de en un buen hotel, señaló. Intenté transmitirle lo bello que era recuperar el impulso primario, olvidarse del fragor. Algo debí sembrar en ella porque me miraba de continuo.

-Mi piace quello che dici e la maniera in cui lo fai.

Me quedé a dos velas y ella lo notó.

-Non parli bueno español. Un poquito...

-Vale, pero si hablas despacio te entenderé. No es muy diferente.

-Bene. -Hizo una pausa-. Digo que e molto hermoso lo que dici y cómo lo dici. - Sumó otra corta pausa-. ¿Pero non sei...no eres un po' troppo joven per voler rifuggire della citá e dal caos? Credo dovresti divertirti, debes divertirte, alla tua età.

-¿Crees que el campo no es divertido?

-Intendevo... mi refiero a uscire con le ragazze, andare a ballare... bailar con las chicas...

Bailar. No cabía duda de que en Italia nos llevaban ventaja. Aquí las mozas que se preciaran no iban a los bailes públicos. Era un acto contrario al decoro y a la honra. Además de que todo lo “público” malsonaba. Sólo bailábamos con las amigas en los guateques, haciéndolo en las propias casas de ellas, con permiso de los padres y casi siempre en su presencia. La moralidad por delante. Eso acontecía en los santos, cumpleaños y otras efemérides; es decir, de higos a brevas.

De pronto algunos empezaron a cantar “Marina” a coro y al ritmo de los sonos que salían de unas radios. A ellos se unieron los de las armónicas y el de la guitarra, con lo que el vagón se convirtió en un festival.

-La cantan para ti –dije.

-No. Non mi conocen.

-¿También en Italia cantan en los trenes?

-Certo. Ê normale. Cantano in ogni luogo, en todos lugares, e ad ogni occasione. E persino per la strada... la gente per la calle. E questa ê la canzone del momento....

-Es bonita. Te sienta bien.

Sonreía sin desmayo, como si hubiera nacido para ver el lado amable de la vida. Me hacía navegar en sus miradas y yo casi no creía lo que estaba ocurriendo. Una italiana de verdad, morena, de muslos rosados y guapa como las estrellas de cine. Casi nada. Y ahí, a mi lado, conmigo, ante las envidiosas miradas de la comparsa. Era fantástico. Hablaba de sus viajes. Había estado en tantos lugares que me resultaba increíble. Viajar... ¡Qué esperanza! Yo nunca había salido de España. Visitar Italia, Francia, Argentina, Perú, Chile, Méjico... Tantos países... Sueños. Carecía de posibilidades. Ni siquiera tenía pasaporte.

-Vieni con me in hotel –invitó-. Deja la campaña, ci andrai più avanti... para más tarde. Staremo juntos tutti e quattro. Ballaremo e faremo il bagno in piscina; parlaremo... e ci divertiremo come matti... Gozare del encuentro...

Ilusiones, quimeras. Yo no tenía cuartos para pagar el hospedaje ni vestimenta adecuada. Todavía ignoraba lo que era dormir en hoteles. Además, me gustaba tumbarme en la dura tierra, sobre una manta. Mirar los guiños de las estrellas y sentir el trovar de los grillos. Ella me gustaba mucho, pero no para disuadirme del proyecto aunque hubiera dispuesto de los medios necesarios.

Nos bajamos en Villalba. La acompañamos al hotel. Me dio la mano.

-Estaré pochi giorni, pocos días. Mi piacerebbe tanto tu venissi. Ti aspetto... Te espero...

La vi caminar, las piernas deslumbradas de sol, hasta que se ocultó tras la puerta. Pero yo seguí viendo su imagen airosa como si se hubiera fijado en el tiempo. Luego mi hermano y yo iniciamos la larga caminata.

El lugar estaba yendo hacia Collado Mediano, varios kilómetros pendiente arriba. Montamos la tienda en un sitio cercano a las canteras. Había otras lonas instaladas y cruzamos saludos con algunos ocupantes. Luego nos dirigimos en bañador y con una mochila al objetivo: un pozo irregular de unos 60 metros de ancho, rodeado de peñas monstruosas. Fue excavado para sacar piedra, quién sabe cuándo. Nadie conocía su profundidad, tan hondo era. Ni cómo llegó allí el agua, que estaba helada y tenía color de acero. El asunto consistía en lanzarse de cabeza, nadar rápido, trepar por los salientes y tostarse al sol como las iguanas. Había muchos aficionados nadando o esparcidos entre las rocas. Nos bañamos, comimos y volvimos a bañarnos. Pasamos el día en esos menesteres, a veces oyendo música, hasta que el sol languideció. La canción “Marina” ocupó buena parte del repertorio, mi paciente hermano admitiendo la reiteración. No podía desalojarme del recuerdo de la luminosa regazza.

Aquella noche tardé en dormirme pensando en ella. Y la noche siguiente. Y la otra. En la cuarta noche me desperté de golpe. Había estado soñando con Marina y fue tan real que me descoliqué. Supe que me había enamorado a tope.

Marina, Marina, Marina,
contigo me quiero casar.
Marina, Marina, Marina,
contigo me quiero casar.

Oh, morena guapa,
no digas que no me quieres,
no me arruines, no me dejes,
oh no, no, no, no, no

Verla era perentorio, vital. Salí y paseé bajo la noche tremenda, oyendo el siseo de los insectos y el llanto de las almas incalmadas. No pude dormir, ahogado de amor. Al amanecer le dije a mi hermano que iba a ver a la chica al hotel.

-No tenemos dinero para eso.

-No voy a dormir allí. Sólo quiero verla.

-Voy contigo.

Dejamos la tienda al cuidado de otros excursionistas, metimos las cosas de valor en un macuto e iniciamos el regreso a Villalba.

Había muchos ocupantes en el hotel. En recepción me pidieron el nombre completo de ella. Sólo sabía el de pila: Marina. Les di la descripción y la fecha de entrada. No estaba. Ella y su amiga habían abandonado el hotel un día antes.

En ocasiones, en momentos de abstracción o perplejidad, todos hemos pensado en cómo habría sido nuestra existencia de haber hecho esto o lo otro, si hubiéramos tomado otras decisiones. Hay veces en que nos preguntamos si acertamos al elegir. No me refiero a los que fracasaron en muchas o todas las líneas de su vida, sino a los que, sin ser ricos ni poderosos, viven en la aceptación de sus situaciones. Dicho de otro modo: creo que todo el mundo ha pensado más de una vez en cómo sería haber caminado por una senda distinta, de haber llegado a tiempo de coger el tren que partió sin nosotros.

El tiempo ha volado. Aquella joven italiana ya no lo es. Quizá ni exista. Pero a veces, cuando escucho esta canción, pienso en cuál habría sido mi vida de haberla encontrado en aquel hotel. A pesar de haber tenido desaciertos, no los he tenido en el amor. Estoy a gusto con mi singladura y quiero a mi mujer, aún con pasión. Eso no es óbice para que en mi imaginación me vea con Marina en una juventud inacabable viajando en un tren sin destino a través del tiempo infinito.

Joaquín M. Barrero

Febrero de 2015